

AGENDA CIUDADANA

SUEÑOS

Lorenzo Meyer

La Importancia del Mito o del Proyecto.- Uno de los problema propios de los tiempos que corren es que, lo que podríamos llamar el “sueño mexicano”, hace ya tiempo que está tan dormido que pareciera haber muerto. Sin embargo, no es posible aceptar tal situación, la tarea es volverlo a la vigilia, recuperarlo, adecuarlo al presente y activarlo como el gran proyecto colectivo. Pero antes de entrar al tema, y para hacer uso de la comparación, veamos un par de casos contrastantes en otras latitudes sobre valores e ideales de la colectividad para luego ahondar en lo nuestro.

El Modelo Norteamericano.- El supuesto del “sueño americano” es bien conocido: en la democracia creada en Estados Unidos, cualquier individuo esforzado puede triunfar, independientemente de sus orígenes sociales y nacionales. Ese tipo de mito es justamente lo que da sentido a la acción individual y colectiva de los ciudadanos de esa nación, y también es algo que mueve o influye en su política externa. En la medida en que Estados Unidos es hoy el centro del sistema internacional, el resto del mundo se mantiene atento a sus valores y a sus proyectos, pues ya sea por ausencia o presencia, a todos nos afectan.

No hay duda que el pasado fue el “siglo norteamericano” y que los dirigentes de esa enorme potencia están empeñados en que el actual mantenga la misma característica. Obviamente, Estados Unidos no es el único país que posee una simple gran visión sobre sí mismo, tanto sobre el pasado como el futuro, pero en este campo parecieran ser de los mejores. Se debe reconocer que el famoso “sueño americano” es una imagen muy sencilla y atractiva sobre lo que debe de ser una relación sana y positiva entre el individuo, el Estado

y la sociedad, y que justamente por eso ha funcionado por más de dos siglos como un estupendo instrumento ideológico y de unidad nacional.

Ese ideal norteamericano parece arrancar, cuando menos, con la constitución de julio de 1776 y los derechos inalienables del hombre. Así, el objetivo al que supuestamente quedó dedicada la nueva república --y haciendo caso omiso de la esclavitud y el trato persecutorio a varios sectores sociales--, fue a mantener el derecho a la vida, a la libertad y a poder perseguir y alcanzar la felicidad individual. Se trataba, en buena medida, de contrastar a unos jóvenes Estados Unidos libres y llenos de energía con la Europa de los privilegios y el enorme peso del pasado. Poco después, en 1784, Benjamín Franklin, en un documento que escribió para explicar su país a los europeos, identificó como su característica central un supuesto rechazo a los extremos de pobreza y riqueza y el aprecio al hombre no por sus orígenes sociales sino por logros individuales, por su trabajo. Más tarde, en 1795 Tenche Coxe aseguraría, tras observar el comportamiento de las estructuras sociales, que, efectivamente, en Estados Unidos “al pobre honesto e industrioso” se le ofrecían todas las oportunidades para lograr la prosperidad y la comodidad como resultado de su propio esfuerzo. Un siglo más tarde, en 1913, y al presentar su proyecto de “La Nueva Libertad”, Woodrow Wilson, como presidente de Estados Unidos, resumió así el ideal norteamericano, supuestamente entonces bajo la amenaza de los Poderes Centrales y los intereses de los grandes consorcios: un país donde “todo hombre triunfa o fracasa con base en su propia actitud” (para la consulta de los documentos citados, véase Instituto Mora, EUA. Documentos, varios volúmenes, 1988).

El “sueño americano” es, en suma, una convicción temprana y que ya ha sobrevivido por más de dos siglos, en torno a la naturaleza de las instituciones políticas y económicas de ese país, pues se supone que sólo ahí, cualquiera puede aspirar a convertirse, gracias a su

inteligencia y tesón, en un personaje de éxito. El que en la práctica las numerosas e innegables historias de éxito individual puedan ser contrastadas con muchas otras de fracasos, no le ha quitado un ápice de atractivo y fuerza al ideal.

Una Alternativa Nueva: El Ideal Europeo.- Ha sido justamente un profesor norteamericano, Jeremy Rifkin, el que ha identificado la contrapartida europea a la visión norteamericana sobre el modelo a seguir en la relación individuo-sociedad y la ha presentado en un libro titulado: *The European Dream. How Europes's Vision of the Future is Quietly Eclipsing the American Dream*, o “El sueño europeo. De como la visión europea del futuro está eclipsando calladamente al sueño Americano” (Nueva York: Tarcher/Penguin, 2004).

La brutalidad de la historia europea, con sus millones y millones de muertos, ha dado por resultado, según Rifking, un ideal menos individualista y más colectivo y tolerante que el norteamericano actual. El ideal europeo al inicio del siglo XXI se puede resumir así: la construcción de una sociedad incluyente, donde nadie quede fuera y donde, por lo mismo, no exista una gran diferencia entre los más privilegiados y los más desfavorecidos. Se trata de una sociedad donde el énfasis se pone más en los derechos sociales y en los humanos que en los derechos individuales de propiedad. La Europa unida se preocupa por proteger al medio ambiente, y le da tanta importancia al trabajo como a la convivencia y el disfrute de la diversidad cultural. Finalmente, en el ámbito de lo internacional, el énfasis europeo es no en la confrontación sino en la voluntad de absorber los conflictos y alentar el desarrollo universal para conservar la paz.

Para Rifking, el ideal europeo es básicamente comunitario, de ahí el sorprendente crecimiento de la Unión Europea. El énfasis al otro lado del Atlántico está en el sostenimiento y avance de la calidad de la vida colectiva, por eso el trabajo tiene un lugar

significativo, pero igualmente importante es algo que resulta secundario en el norteamericano: dar calidad al tiempo dedicado a la recreación, al ocio. Desde luego que este ideal europeo se enfrenta, en la práctica, con contradicciones obvias, como por ejemplo, el trato a los inmigrantes, pero lo importante no es tanto la fidelidad del proyecto a la realidad, sino su existencia. Para Rifkin, no hay duda que la calidad del actual “sueño europeo” es superior a la del norteamericano y ofrece una alternativa al resto del mundo.

¿Y que Hay del “Sueño Mexicano”?.- Teniendo una historia tan distinta y contrastante con la de norteamericanos y europeos, el ideal mexicano no puede ser la calca de los hasta aquí descritos, aunque pueden servir de inspiración o punto de partida para la reflexión. Es posible suponer que la primera formulación de ese ideal nacional corresponde a los 23 puntos enumerados en 1813 por José María Morelos como bases para una constitución. En los “Sentimientos de la Nación”, el jefe insurgente propone dar a México la calidad de una comunidad soberana, democrática, católica y de iguales, donde la única distinción válida entre sus miembros sea la moral –es decir, entre el ciudadano virtuoso y el que no lo es— donde ya nada tengan que ver las tradicionales divisiones por riqueza, rango o raza. Se trataría de aspirar a una comunidad gobernada por sus propias leyes que, entre otras cosas, moderasen el brutal contraste heredado de la colonia, entre la opulencia y la indigencia, aumentasen el jornal del pobre, facilitasen su educación y le liberasen de infinidad de tributos. En 1821, y tras haber experimentado los horrores de la guerra civil, el Plan de Iguala concluyó con un llamado a la unión de todos los mexicanos como requisito indispensable de la felicidad colectiva.

Fue así como, en el arranque mismo de la construcción nacional, quedó plasmado el ideal mexicano: independencia, igualdad política y jurídica, democracia, respeto a la ley, catolicismo, disminución del golfo entre las multitudes pobres y la minoría rica y fin al

conflicto interno. Ahora bien, el ideal era estrictamente eso: algo sin contraparte en la realidad, producto de los deseos de las minorías dirigentes. En el México real, la independencia apenas si se sostenía, la soberanía popular y la democracia eran una mera ficción, como también lo eran la igualdad jurídica y social y ni que decir del respeto a la ley y de la unidad nacional. Cuando medio siglo más tarde los liberales finalmente se hicieron con el poder, el republicanismo acabó con los restos del ideal monárquico y en vez de religión de Estado surgió el Estado laico. Pero México se mantenía como una estructura oligárquica donde la igualdad legal era pura ficción, la desigualdad y discriminación eran la verdadera regla del juego y tras el manto republicano y federal se ocultó una dictadura personal y centralista. Al final, la reacción de los inconformes, incubada a lo largo de los tres decenios del Porfiriato, se convirtió en una nueva revolución y un nuevo “sueño”.

La Revolución.- El breve sueño porfirista de orden y progreso, fue sustituido por el aún más breve del maderismo, centrado en la democracia y la igualdad política, para que poco a poco y con un enorme costo en vidas y en oportunidades perdidas, fuera surgiendo el proyecto de una relativa igualdad social en un marco nacionalista. El zapatismo y el villismo fueron los grandes perdedores de la lucha entre las facciones revolucionarias, pero el lema anarquista que propuso Zapata como sumario del gran sueño del México indígena y agrario: “tierra y libertad”, perduró. La preferencia del villismo por los pobres y su fe en la educación pública como partera de la justicia, también le dieron a la justicia social un lugar central en la imagen de lo que debería ser el futuro mexicano. Finalmente, el carrancismo contribuyó con su énfasis en el nacionalismo y el antiimperialismo como parte integral de ese proyecto del México futuro.

Sería el cardenismo en los años treinta del siglo pasado, con su reforma agraria, la expropiación de la industria petrolera y el apoyo del gobierno a la organización de los

trabajadores, cuando la Revolución finalmente logró no sólo producir una visión relativamente coherente del “sueño mexicano”, sino darle un mínimo apoyo en la realidad. Para entonces, la democracia política, sin ser negada en el discurso, en la práctica perdió centralidad frente a la democracia social. En contraste con el caso norteamericano, lo fundamental no era el triunfo del individuo sino de la suma de individuos: la colectividad. Ahora bien, con el correr del tiempo y con la aceleración de la transformación económica, la relación entre el ideal y la realidad mexicanas, se fue haciendo cada vez más tenue y la contradicción creció hasta dar lugar a una cultura cívica dominada por los antivalores del autoritarismo y el cinismo, aunque conviviendo con el ideal.

Cambio y Confusión.- Con la crisis económica de 1982, con la subsecuente adopción del neoliberalismo y con la aceleración del cambio político, el ideal de la democracia política revivió y por un momento pareció ocupar el centro en la imaginación colectiva. La lucha por hacer de México una comunidad democrática hizo renacer en algunos sectores el entusiasmo por lo político y la política: navismo, neocardenismo, neozapatismo o neopanismo. Las elecciones del año 2000 y el cambio de régimen fueron su clímax.

Tras el triunfo de la democracia, la ausencia posterior de consecuencias sustantivas en los campos económico, social, administrativo, jurídico o cultural empezó a generar un enorme y peligroso desencanto. Así, frente a la longevidad del “sueño americano”, a la aparición del proyecto europeo o los múltiples proyectos hasta ahora exitosos de Asia –el japonés, el chino, el hindú, etcétera--, resalta la ausencia de algo parecido a una aspiración o “sueño mexicano”.

Hoy por hoy la imaginación colectiva aparece como un espacio casi vacío pero predispuesto a recuperar elementos del pasado –en particular la búsqueda de un arreglo social menos inequitativo—, pues los males del ayer sobreviven hoy. De ahí, quizá, la

alarma mostrada en los últimos tiempos por los beneficiarios del *status* al posible surgimiento de un nuevo “populismo”, y que no es otra cosa que el miedo al resurgimiento de una versión renovada del viejo “sueño mexicano”.